

Gabriela Sánchez Reyes, *Casa del Mayorazgo Nava Chávez. Casa de las Ajaracas*, México, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal. Secretaría de Cultura/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2011, 90 p.

Coincidió plenamente con la doctora Pilar Gonzalbo, quien en su presentación escrita de la obra califica a ésta como un libro-memoria, tanto en su aspecto de memoria de la historia urbana de la ciudad de México, como una memoria de una acuciente y profunda investigación. Un libro que, como la autora menciona en sus conclusiones, es resultado de la responsabilidad asumida como historiadora de documentar un inmueble histórico que como tantos otros nos hablan de el pasado de una ciudad de la que todavía queda mucho por conocer.

La aparición de la diosa Tlaltecuhltli en octubre de 2006 es quizá la noticia mediata más relevante sobre el predio y la que permite al gran público ubicar la Casa del Mayorazgo Nava Chávez, vulgarmente conocida como Casa de las Ajaracas, no obstante que ésta ha formado parte del imaginario de muchos de los que conocimos el centro hace más de un cuarto de siglo, a quienes vimos como las casas se apuntalaban con maderos, como poco después eran cubiertas con unos enormes plásticos y donde impasiblemente vimos que ocurrió lo que nos temíamos, la desaparición de una gran parte del predio. Un hecho que lleva asimismo a la autora a reflexionar sobre un tema preocupante, la conservación de los monumentos inmuebles en el Centro Histórico.

Una presentación por la doctora Pilar Gonzalbo, una introducción, diez capítulos y unas conclusiones estructuran este sugerente libro. Los capítulos tienen una virtud, semejante a la forma de escribir historia de la buena escuela anglosajona: brevedad, concisión y un buen aparato crítico.

Gabriela Sánchez Reyes, muestra asimismo una gran versatilidad en su quehacer como historiadora, capaz de deambular desde el siglo XVI hasta el México de hoy en día. Y aborda dichos periodos de forma distinta, tratando siempre que la "historia arquitectónica del inmueble" sea el hilo conductor.

La documentación trabajada por la autora nos lleva a una ciudad en constante cambio. Cambios que no sólo han afectado a la modificación y pérdida de los bienes inmuebles, sino incluso de la nomenclatura de “nuestras calles”. Así, la casa pasó de estar en la calzada que va a Tacuba, a estar en la calle de las Atarazanas, luego Escalerillas, más tarde primera del Reloj, 1ª de Santa Teresa, Guatemala (desde 1929). Temática de por sí muy sugerente y que nos remite a la impasibilidad que la ciudadanía ha vivido a lo largo de más de 500 años ante decisiones emanadas del Ayuntamiento de la ciudad, que de la noche a la mañana cambian tanto los referentes visuales, como otros de ubicación.

Creo entender que es también en este afán de búsqueda de recuperación del pasado que Gabriela Sánchez Reyes sugiere que la Casa vuelva a tener el nombre de Casa del Mayorazgo Nava Chávez (erróneamente llamada “Casa de los Acevedos”, en alguna época), pues la denominación de Casa de las Ajaracas dada en 1931 se debe al ingeniero José Benítez, Jefe en aquel entonces del Departamento de Monumentos Artísticos, Arqueológicos e Históricos.

Algo que no se aprecia en el libro a primera vista es el excelente encuadre historiográfico sobre las diferentes obras con las que contamos sobre edificios históricos y emblemáticos del Centro Histórico y que el estudioso puede apreciar en las eruditas notas presentadas al final de la obra.

Ya mencioné que cada uno de los capítulos abordados es conciso, está tratado sin ampulosidad. El primero de ellos, relativo al reparto de los solares, además de llevarnos de la mano al arranque de la ciudad mestiza, nos introduce al mundo de las actas de cabildo, de la distintas jerarquías sociales asentadas en la traza urbana y a las características de las construcciones. Ya desde un primer momento Gabriela trabaja su texto compaginándolo con planos e imágenes (externas y de los interiores del edificio), lo que resulta sumamente atractivo para el lector, algo que asimismo sirve visualmente como hilo conductor paralelo de la obra, gran parte de los cuales fueron obtenidos de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos.

Si bien no es posible conocer con certeza quien fue el primer propietario del solar, ese primer capítulo nos deja abierta la inquietud de que quizá los protocolos notariales puedan despejarnos esa incógnita. Desgraciadamente, quien se aventure a ello deberá soportar con una paciencia “que ni el santo Job, creo haya alcanzado” para lidiar con la

burocracia existente en el Archivo General de Notarías de la Ciudad de México, cuya política para la consulta de documentos históricos parece más encaminada a frenar la investigación que a fomentarla.

En el segundo capítulo que lleva el nombre de "La esquina de Escalerillas y Reloj," Gabriela nos sorprende esta vez con una investigación biográfica sobre el canónigo de la catedral de México don Pedro de Nava, sobre el cual además de su trayectoria de vida, y como una arqueóloga de la documentación nos introduce en la reconstrucción del grupo familiar, sus relaciones con la sociedad tanto civil como eclesiástica y nos habla de una de las instituciones que buscaban, además de perpetuar los bienes, buscar la consolidación del prestigio de una familia, me refiero a la institución del mayorazgo. Una institución que por su complejidad requeriría, quizá para una reedición de la obra, de algunos matices sobre las características distintivas del mayorazgo de Nava Chávez, frente a otros que existieron durante el periodo virreinal.

Todavía en el tránsito del siglo XVI al XVII, la sucesión de la casa, como se desprende del capítulo III, estuvo en la familia Nava. Uno de los protagonistas de la historia, Pedro Troche Nava, sobrino del fundador, estuvo casado con Mariana de Andrada Moctezuma, quien además de la dote que nos cuenta Gabriela, de 10000 pesos (una cifra exorbitante para la época pues tengamos presente que las dotes más suntuosas en el Perú virreinal no llegaban a los 40000 pesos), aportó a la sociedad conyugal numerosos bienes, entre ellos lo que percibía como encomendera de Tlaxiaco o mercedes pecuniaras por concesión real, y que al parecer nos hablan de otro posible mayorazgo que ella misma disfrutó.

Tras un breve recuento de propietarios del XVIII, el capítulo IV nos habla de las reedificaciones de las casas, "tres casas y cuatro tiendas", de donde se nutrían económicamente los propietarios, lo que les llevó, sin lugar a dudas, además de incrementar el patrimonio rural, a desarrollarse como "prestamistas". Este capítulo IV, dedicado a los trabajos arquitectónicos y sobre la propiedad, es de los más amplios en el libro y se sustentó en documentación conservada en el Archivo General de la Nación, Ramo *Vínculos y Mayorazgos*.

"Las deudas y censos del mayorazgo" es el título del capítulo quinto, donde asimismo se aborda otro tema de gran complejidad para el historiador y que nos remiten a los sucesivos gravámenes que fueron recayendo en las propiedades resultado de una sociedad carente de

efectivo para sus transacciones y donde tanto particulares como instituciones eclesiásticas fueron las provisoras del circulante ante la inexistencia de una banca en el sentido moderno. El crédito colonial —magistralmente estudiado por la doctora Pilar Martínez López-Cano—, tuvo en el caso de la casa del Mayorazgo de Nava Chávez, a la Iglesia como principal suministrador de fondos. El convento de Nuestra Señora de la Concepción facilitó el capital, teniendo como garantía la propiedad. Los réditos que dicho capital reportó al convento tuvieron que ser realmente notorios y no deja de llamar la atención que habiéndose rematado en almoneda pública la finca haya sido el propio convento quien adquiriese varias de las casas del mismo. ¿Fue el remate una operación simulada? Sea lo que fuere, fue el convento concepcionista quien llegaría a fines del siglo XIX como propietario de la finca.

Gabriela aprovecha el cambio de propietarios que traería el siglo XIX para hablarnos de un México independiente envuelto en conflictos políticos y económicos, y el asentamiento en la ciudad de importantes casas y agentes comerciales, entre ellos Nathaniel Davidson, prestanombres en la transacción comercial de otro importante inglés asentado en México, Thomas Gillow, quien efectivamente casó con una marquesa, como menciona el texto, pero de Selva Nevada (no Sierra Nevada, ya que este otro título fue ostentado por la familia Sesma), y su nombre fue María Soledad Gutiérrez del Rivero. Como pusiese en evidencia Joseph Schlarman en *Tierra de Volcanes*, Eulogio Gregorio Gillow Zavalza, el obispo de Oaxaca, no nació del matrimonio de Thomas con la marquesa. Su nacimiento —asunto bastante turbio— fue resultado del incesto de Thomas con su hijastra María Manuela Zavalza Gutiérrez del Rivero. El más tarde obispo fue bautizado (para ocultar su origen) en una iglesia de Puebla de los Ángeles como hijo de padres desconocidos.

El obispo Gillow vendería, como menciona la autora, la propiedad en 1874. Junto a una secuela de propietarios, sobre los cuales se nos antoja conocer más de sus vidas, Gabriela aporta en su estudio un aspecto sumamente interesante y es la enorme cantidad de negocios que proliferaban en y alrededor de la finca, transportándonos a ese entramado mercantil de un México que más que ciudad de los palacios parecería ser la ciudad de los mercados y comercios. Entre ellos Gabriela identifica el consultorio del doctor Eduardo Liceaga Torres, una de las grandes figuras de la medicina mexicana de los últimos años del siglo XIX y primeras décadas del XX, y a quien en

asuntos urbanísticos se le debe la traza y urbanización de la actual colonia de los Doctores, que fue la primera en la ciudad que se hizo introduciendo el drenaje y el alumbrado previos a la construcción de las casas, de donde se derivó la ley para que se hicieran las demás colonias de esta forma. Algo más original que el Ayuntamiento el doctor Liceaga bautizó las calles de esta colonia con el nombre de médicos amigos suyos o que estaban a su alrededor.

La historia de la Casa continua en el capítulo VII ya en pleno siglo XX, teniendo como protagonista a la declaratoria de monumento histórico de 1931, todo ello entretelado con numerosos propietarios que demuestran haber tenido poco arraigo en la propiedad, y la intervención realizada por los arquitectos Nicolás y Federico Mariscal, muy vinculados a los movimientos culturales posrevolucionarios que buscaron encontrar una identidad nacional en sus trabajos.

Los tres últimos capítulos del libro, presentan una revisión del devenir, desde mediados del siglo XX hasta el día de hoy, del edificio no faltan desde luego los proyectos de intervención, alguno de ellos sorpresivamente aprobados sin ningún prurito. Asimismo el lector puede recrearse con informes arqueológicos, notas hemerográficas, y un largo etcétera, todo lo cual acompaña una reflexión personal de la autora sobre el proceso.

Con todo ello esta acuciosa investigación consigue presentarnos la trayectoria histórica de un edificio, entreteliéndolo con las personas que lo hicieron posible: propietarios, arquitectos, inquilinos. Algo también importante en una obra es que nos deja la puerta abierta a otras investigaciones que del mismo se deriven. Por ejemplo, en lo relativo al discurrir propio del mayorazgo de los Nava Chávez, la mayoría de las veces mencionados en los documentos como Chávez Nava, queda por rastrear, a fondo, quienes fueron los poseedores del mismo en el periodo de 1570 a 1773. Doscientos años de vida de una institución que tuvo como una de sus fuentes de ingreso a la casa objeto de esta investigación, y cuyos resortes económicos se sentirían en Textepango, Alfajayucan. Zimapán y otras poblaciones del actual estado de Hidalgo. Quien se anime a realizar tal investigación cuenta en el presente libro con un buen punto de partida para seguir buscando y hurgando en los archivos.

Javier SANCHIZ

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

